

Omara la trapecista

Manuel Herrero Montoto

Omara la trapecista

SEPTEM EDICIONES

A las putas

En mujer lozana, placentera y cortés, reside el bien del mundo

ARCIPRESTE DE HITIA

Índice

Introducción.....	13
De cómo llegó Omara a manos de Coldo, y de éste a los infelices desnatados de un vagón de tren con arañazos de guerra	15
De cómo Coldo impacienta al vagón, de la ofensa de Pousin el mayordo a Omara, y de la mala fortuna que suele acompañar a las prostitutas de vocación cuando pretenden cambiar el rumbo de sus vidas.....	20
De cómo la pareja de la guardia civil bloqueó la entrada al vagón a una lechera de armas tomar y a un cura de profesión sus bendiciones, bajo la perspicaz mirada del guardagujas.....	32
De cómo Omara aplica la teoría del marqués de Girardin o del sincretismo de lo útil con lo agradable, y del envejecimiento prematuro de un adolescente que es aprendiz de fontanero	39
De cómo despertó Omara la caridad en el vagón de Coldo, del interés que muestra el inspector Siméon por la estrella del Salón Venus y de la falta de tacto con <i>Madame</i>	48
De cómo un Castillo Moro demuestra al inspector Siméon que uno no sabe dónde la debe ni donde la tiene	57
De cómo Omara pone en evidencia que el trago más duro de esta vida no reside en la muerte.....	70

De cómo se incorpora un matutero al vagón de Coldo, y de cómo defiende Omara su natural <i>putain savage</i> ante el padre Latoqué.....	85
De cómo el empacho puede ser fuente de complejos, y de cómo manifiesta Omara su amor por las criaturas del planeta porque todas son hijas de Dios y gozan de los mismos derechos.....	102
De cómo ni los olmos viejos de la vereda del río, con su infinita sabiduría y su clemencia de manso silencio, fueron capaces de dar respuesta a Coldo sobre el absurdo capricho de las relaciones entre las personas	117
De cómo pagan diezmos y primicias los del matute a los herederos de la Santa Hermandad	130
De cómo sucumbió el once inicial ante la voracidad de tres amazonas, y de cómo el clímax de un relato obliga a los de Lugo de Llano a bajarse en Villabuena	138
De cómo llega el otoño sin que nadie lo reclame	160
De cómo se llegó al final de una historia que se pretendía contar	174

Introducción

Las cosas del sexo no pintaron bien a los que nacimos en el cincuenta. Mis primeros pasos en los salones de la educación fueron en el colegio de las reverendas madres Ursulinas. Me resultó una vida muy extraña y, como fui prematuro en conocer la estupidez, diría que también muy estúpida. Por ejemplo, para hacer pipí (aguas menores) o popó (aguas de mayor cuantía y consistentes), le decíamos a la monja que si *mère, permission sortie, pipí o popó*. Y cuando recitábamos los Diez Mandamientos en la fila, al llegar al sexto nos obligaban a canturrear un *tralará tralará*.

Salvo *Marcelino, pan y vino* y otras majaderías de Pablito Calvo, el cine era de mayores de dieciocho años (3), de mayores con reparos (3R), y gravemente peligrosa (4). A este grupo de malditas, de pecado mortal, pertenecían películas como *La gata sobre el tejado de zinc* o *El manantial de la doncella*, que recuerde. En cuestión de libros, mejor no hablar, como gran cosa desvirgamos cuatro neuronas leyendo el *Diario de Daniel*, el *Diario de Ana María* y *La vida sale al encuentro* del exjesuíta Martín Vigil. A las esclavas de *Sinuhé el egipcio* de Mika Waltari le dedicamos nuestro primer pecado mortal en solitario. Las revistas de tías en pelotas, *Play boy* y *Penthouse*, eran paja mayor. Y nos fiamos de Desmond Morris, dice en *El mono desnudo* que de doscientas cópulas sólo una hace diana. La generación del penalti nunca pondrá el nombre del farsante antropólogo a una de sus calles.

Luego vimos en todao el parto de *Helga*, rodeados de enfermeras de la Cruz Roja, por si los desmayos. Y cuando Franco pedía pista, afloraron las primeras tetas al cinemascope, de la mano de Kubrick y su *Naranja mecánica*. Poco importaba la historia de Burgess, y mucho los cuatros segundos de pezón a tejavana.

Franco se fue al Cielo, como estaba previsto, y dejó el solar patrio abonado para que floreciesen salas x, top-less, libs, caperucitas rojas y putas, siete enanitos perversos y videos pornos de mete, saca y chupa, y final de fiesta sobre la alfombra del cuarto de estar.

Caímos en la pornografía dura y olvidamos que el sexo es bello.

Omara la trapezista puede ser el libro que leímos los del cincuenta en nuestros sueños húmedos de adolescentes. De vez en cuando me recreo con su lectura y me gano un boleto para el infierno.

EL AUTOR

De cómo llegó Omara a manos de Coldo, y de éste a los infelices desnatados de un vagón de tren con arañazos de guerra

COMIENZO: La luz crepuscular entraba por las ventanas del vagón de un tren destartado y con arañazos de una guerra no muy lejana. El tren de madera y carbón afumaba y esparcía el hollín sobre aquel antiguo campo de batalla donde la yerba tenía gusto a osario. El paisaje desde el tren, bajo esa luz del atardecer que no admite sombras, se abría a una extensa pradera de un verde cuarteado por regatos y vallas, estacas entrelazadas con alambre de espino, como si los propietarios, aún con el resabio de la guerra en las posaderas, pretendieran encerrar el ganado en minúsculos campos de concentración.

Cuando el tren se despedía de la ciudad a trote de percherón añoso, los viajeros de los asientos de la izquierda contemplaban, si era su gusto, una montaña vieja. Su ladera picada por la viruela de la guerra mostraba las cicatrices de una tierra quemada. La montaña pasaba desapercibida a los trabajadores que regresaban de la ciudad, era otro insignificante promontorio de la rutina. Pero la mente calenturienta de Coldo, analógica y dispuesta para buscar en los relieves de la tierra los de la hembra, demostró que la montaña era un cuerpo desnudo de mujer, eso sí, a la que habían dejado sin cabeza y amputado por las rodillas. En efecto, cuando el tren a punto estaba de perder la montaña, sólo unos instantes, había que estar muy vivo, si el viajero pegaba el carrillo derecho al cristal y miraba hacia atrás, el monte de las heridas se convertía en una mujer de abultados pechos, vientre hundido y prominencia pudenda tapizada por un islote de eucaliptos, que Venus había